El uso de dispositivos portátiles y la creación de documentos electrónicos ha aumentado la necesidad de proteger estos archivos. Las amenazas cibernéticas pueden ser tanto externas como internas, y pueden incluir ataques desde la red y actividades internas maliciosas.

En este contexto, es importante implementar medidas de seguridad robustas. Esto incluye el uso de encriptación para proteger los datos durante su transmisión y almacenamiento. Además, es fundamental tener en cuenta las mejores prácticas de seguridad, como el uso de contraseñas fuertes y la actualización regular de software.

Las organizaciones también deben estar preparadas para responder a los incidentes de seguridad. Esto puede incluir el establecimiento de protocolos de respuesta y el entrenamiento para el personal.

En resumen, la protección de los documentos electrónicos es un desafío que requiere una estrategia integral. Las tecnologías avanzadas y las buenas prácticas de seguridad son necesarias para garantizar la confidencialidad y el control de los documentos en una sociedad cada vez más digital.

FERNANDO SAVATER
Ouden así las espadas en alto: veamos la forma de aportar algo al debate analizando algunos de los términos y de las razones puestas en juego. Para empezar, la noción misma de "universalidad". ¿Qué significa? Al menos dos cosas bien distintas, según se la enfoque desde el plano individual o como pretensión de imponer normas generales. En el primer caso, se trata de la decisión personal de aplicar unas mismas pautas científicas o éticas sea cual fuere la situación, el lugar, la persona, etcétera, que solicitan nuestra acción. Orientaremos —cada uno de los así concernidos— nuestro pensamiento en toda ocasión según las mismas leyes lógicas o físicas y nos comportaremos con cualquier ser humano de acuerdo a idénticos principios de lo que tengamos por buen trato. En el segundo caso, la universalidad consiste en la aspiración a extender a escala mundial ciertas conquistas técnicas y jurídicas: promover determinadas industrias productivas o profilácticas, imponer determinadas obligaciones y proteger determinados derechos; lo cual implica, necesariamente, tender a plazo más o menos largo hacia una autoridad supranacional efectiva, algo así como un Estado universal (es decir, un Estado cuyos "ciudadanos" fuesen Estados a su vez) que garantice coercionmente la aplicación de tales pautas. Es evidente que ambos planteamientos universalistas están conectados, pero el primero no comporta obligatorio entusiasmo por el segundo. En el plano personal, la universalidad es una forma de entender el funcionamiento de la razón y de la ética que no compromete más que a quien la adopta; pero como proyecto de instituciones de alcance mundial es la aspiración (revolucionaria, utópica, que se desea) a un nuevo tipo de megaimperio que podría llegar a transformar gradual, pero radicalmente, todos los modelos de sociedades políticas en que han vivido los hombres.

Los dos planos de la universalidad están intrínsecamente ligados, cierto es, a la tradición intelectual de Occidente. Quienes se oponen al punto de vista universalista, en nombre del derecho de cada cultura a seguir su propio camino, no deben olvidar que el punto de vista de la cultura occidental es precisamente la perspectiva universal: cuanto más peculiarmente fieles permanecemos a nuestra tradición cultural, más universalizamos en ciencia, en moral, en comercio y en política. Por tal motivo puede decirse que la llamada tradición occidental (que mezcla en su crisol griego elementos latinos y germánicos, con otros hebreos, hindúes, árabes, egipcios, etcétera) no es simplemente una cultura entre las demás sino el bosquejo fundacional de la civilización globalmente humana. Permitáme distinguiendo, vulnerando usos comunes de los términos, entre culturas (necesariamente en plural) y civilización (necesariamente en singular). Cada cultura es el
La cultura, no ha sido siempre reconocida como un concepto central en la filosofía occidental. Sin embargo, se ha vuelto cada vez más importante en el debate contemporáneo sobre la identidad y la pertenencia a una cultura determinada. La cultura, como un fenómeno que se adquiere y se transmite a lo largo de generaciones, es fundamental para entender el sentido de la vida y la forma de comportarse en el mundo.

Por otro lado, es importante destacar la influencia de la modernidad y la globalización en la forma en que se concebía y se practicaba la cultura. La globalización ha acelerado el proceso de la homogeneización cultural, lo que ha llevado a una pérdida de identidad cultural en algunas comunidades. Sin embargo, también ha permitido el surgimiento de nuevas formas de expresión y la creación de nuevos espacios de convivencia y diálogo cultural.
rencor. Lo expresó de modo inolvi-
dable Shakespeare por boca del judio Shylock, cuando le hizo pro-
testar contra la discriminación que sufria a causa de su pertenencia étni-
ca: "Soy un judio. ¿Es que un ju-
dio no tiene ojos? ¿Es que un judio
no tiene manos, órganos, propor-
ciones, sentidos, afectos, pasiones?
¿Es que no está nutrido de los mis-
os alimentos, herido por las mismas
armas, sujeto a las mismas enferme-
dades, curado por los mismos
medios, calentado y enfriado por el mismo
vierno que un cristiano? Si nos
pincháis, ¿no sangramos? Si nos
cosquilleáis, ¿no nos reímos? Si
nos envenenáis, ¿no nos morimos?
Y si nos ultrajáis, ¿no nos vengare-
mos? Si nos parecemos en todo lo
más, ¿nos pareceremos también
en eso". (El mercader de Venecia, acto
III, escena I). En estas pocas líneas
el poeta condensa lo esencial de la
perspectiva civilizada: aunque a
to veces los convencionalismos cul-
turales nos lo oculten o resten impor-
tancia a tan fundamentales seme-
janzas, se da entre todos los hom-
inos comunidad de órganos y
fisiología, de emociones, de necesi-
dades básicas y, por tanto, también
de respuestas morales, aunque no
sea sino a un nivel elemental. Es
evidente que la antropología puede
sin mucho esfuerzo ampliar esta
lista de universales humanos: el
trabajo, la capacidad de aprender,
la aceptación de pautas sociales, la
compasión ante el sufrimiento, el
sentido del humor y del ridículo,
la preocupación cara a la certeza de
la muerte, el gusto estético, la afición
e escuchar e inventar ficciones, etcétera. Por supuesto, las modalida-
des en que se manifiestan estas ca-
pacidades universalmente compa-
tidas son enormemente diversas,
incluido podemos decir que celosa-
damente diversas: ¡El alférez de
abarotarse perteneciendo a un grupo de identi-
ficación distinto a otros, así como
el deseo correlativo de autoafirma-
se como individualmente discer-
ible dentro del grupo, son también
universales! Pero ello no disminuye
la evidencia de que el parentesco
de cuerpo y alma es previo y de una
relevancia ontológica más sustan-
cial que la diversidad de formas que
lo expresan. ¿No es más importante
la capacidad universalmente huma-
na de refres de una broma que el
tipo de broma que hace reír dentro
de cada una de las culturas o inclu-
só a cada una de las personas?

Aunque, como queda dicho, la
sensibilidad y el énfasis en esta
perspectiva civilizada son carac-
tísticas de lo que venimos llanando
con la idea tradición occidental, no
faltan en mayor o menor grado en el
resto de las culturas: diríamos que
no pueden faltar, pues en toda cul-
tura hay un germen, una promesa,
una vaga demanda, incluso un
temor celosamente cortocircuitado
de civilización universal: la posibili-
dad siempre abierta —salvo recaída
transitoria en la bestialidad— del
reconocimiento de lo humano por lo
humano. Sorprende pues, por lo
prodigiosamente erróneo, el dicta-
men de Richard Rorty en Contingen-
cia, ironía y solidaridad, cuando afirma:
"No tenemos otras obligaciones que
las 'intenciones-nosotros' de la
comunidad con la que nos identifica-
mos", para luego concluir: "Nadie
puede identificarse con la humani-
dad". Doblé error: uno, de hecho,
porque las "intenciones-nosotros"
de la comunidad de identificación
pueden incluir (y yo diría que siem-
pre incluyen en algún grado, aunque
contrarrestadas por intenciones
opuestas) el reconocimiento de lo
humano transcultural en los otros,
los extraños, tal como en la citada
tragedia de Esquilo o en la protesta
Shylock; otro, conceptual, por
que la humanidad no es un grupo
de identificación como lo otros
sino la noción filosófica del mínimo
común denominador que emparen-
ta esencialmente a todos los grupos
entre sí. Tal parentesco no se refiere
a una generalización zoológica (en
tal caso hablamos de especie huma-
nal, no de humanidad) sino a una
forma común de experimentar la
vida y con la vida, que subyace a las
culturas y las hace mutuamente
inteligibles. Al referimos a la "huma-
nidad" estamos aduiciendo a un pro-
pósito simbólico, a una peculiar in-
determinación creadora—distinta de
cualquier condicionamiento instin-
tivo— y sin duda a una suerte de co-
munidad racional, pasada, presente
y sobre todo futura. Esto último
quedó bien reflejado en la conocida
—y seguramente apócrifa— anécdota
de Victor Hugo, referida a cierta oca-
sión en que el ilustre escritor recibía
el homenaje de todos los embaja-
dores acreditados en París. Entró el
embajador alemán y Victor Hugo le
saludó majestuosamente: "¡Aleman-
ía! ¡Ah, Goethe!"; llegó después el
español y nueva exclamación del
gran poeta: "¡España! ¡Ah, Cervan-
tes!"; apareció el inglés, no menos
celebrado: "¡Inglaterra! ¡Ah, Shakes-
peare!". Por último presentó sus
respetos el embajador de, digamos,
Laponia; Victor Hugo no se arrep
dió ni un instante: "¡Laponia! ¡Ah, la
humanidad!". En efecto, la humani-
dad es lo que se le da a todos los
hombres por supuesto, como a los
soldados el valor en las antiguas
cartillas militares. Y tal suposición
cobra tanto más interés cuanto
menos sepamos de los méritos cul-
turales que adornan en concreto al
grupo de semejantes al que la apli-
camos. El que tiene una mentalidad
culturalmente primitiva se identifica
con Goethe frente a Cervantes o
Shakespeare; el que ha madurado
culturalmente algo más sabe que
identificarse con Goethe es también
identificarse con Cervantes o Shak-
espeare; Victor Hugo y cualquier
representante de la modernidad ci-
vilizada (de la que me alarmaría ex-
cluir a Richard Rorty) se atreven a
suponer que de nada valdría identi-
ficarse con Goethe, Cervantes o
Shakespeare si a través de ellos no
ampliasmemos transculturalmente
nuestra pertenencia identificatoria
hasta incluir también en ella a la
Laponia y al resto de nuestros conge-
neros. A mediados de nuestro siglo,
en uno de sus manifiestos pacíficos
contra las armas atómicas, Bertrand
Russell acuñó este lema con el que
invocaba la cooperación de ciuda-
danos de todos los países: "Recuer-
da tu humanidad y olvida todo lo
demás". Me sigue pareciendo una
propuesta tan válida hoy como el
da en que se escribió.

Este concepto de humanidad re-
quiere sin duda que nos detenga-
Pero los efectos de los cambios en el clima pueden ser devastadores. La pérdida de biodiversidad, el aumento del nivel del mar y los cambios en las estaciones que generalmente se asocian con el cambio climático, pueden tener un impacto significativo en nuestras vidas. En este campo de investigación, nuestros equipos de trabajo están trabajando arduamente para entender y mitigar estos problemas.

La materia de la que estamos hablando se refiere a la importancia de la educación en el ámbito del cambio climático. Es esencial que los jóvenes estén informados sobre el tema y comprendan las implicaciones de sus acciones y decisiones. En este sentido, los centros educativos juegan un papel fundamental.

Además, el desarrollo de tecnologías sostenibles y la promoción de la energía renovable son otras áreas en las que nos estamos enfocando. Estamos trabajando en colaboración con otras instituciones para fomentar la transición hacia un modelo de energía más verde y sostenible.

En resumen, estamos comprometidos con la lucha contra el cambio climático y estamos trabajando en diferentes frentes para contribuir a su mitigación. Queremos enviar un mensaje claro: es necesario que todos hagamos nuestra parte para proteger nuestro planeta.
-a mi modo y con modificaciones que quizá él no suscribiría- en compañía de Robert Legros. Dejo de lado, pese a su interés, la propuesta conciliatoria que concluye su obra, basada en el método fenomenológico y en el pensamiento por tantas razones admirable de Hannah Arendt. En cambio me apresuro a responder de forma negativa a la pregunta retórica que plantea (a la que también él da contestación negativa) y que ya he visto formulada de varios modos en otras ocasiones como objeción paradójica al romanticismo: "Si el historicismo romántico es radical, ¿no estará, acaso, forzado a concebir que la única actitud legítima del hombre moderno reside en una sumisión a su propia tradición, a saber la tradición que pretende romper con toda tradición, y que estriba, pues, en una aceptación del pensamiento calculador, de la voluntad prometeica, de la metáfora de la subjetividad?". No así, puesto que tan irrevocablemente moderna es la actitud ilustrada como la protesta y sublevación ante ella. El proyecto de humanismo universalista y su crítica, que declara el universalismo como deshumanizador, se codean no ya desde comienzos del siglo XIX, sino a partir del propio XVIII. Son reverso y anverso de un cúmulo de ideas-fuerza (en el sentido soreniano del término) que nunca han funcionado históricamente sin ese polémico carácter bifronte. Podemos pues hablar de una modernidad ilustrada y de una modernidad romántica, no de modernidad y reacción antimoderna. Ni siquiera es justo decir que la actitud romántica representa pura y simplemente el retroceso a formas irracionales, corporativistas o mágico-religiosas de interpretación y organización de la humanidad: también se dan en ella denuncias de insuficiencias o exageraciones de la mentalidad ilustrada, que van más allá de ésta en lugar de retroceder a lo anterior. En una medida muy importante, la crítica romántica ha ayudado a sutilizar, estilizar y profundizar la noción ilustrada de humanidad universal, no simplemente a desmendarla. Su grito de protesta contra la instrumentalización sin límites de lo real y la sumisión de toda creación humana al mero propósito de funcionalidad no ha perdido vigencia: por el contrario, cada vez resulta más moderna. Sin una fundamental dosis de reticencia romántica, no creo que nadie pueda hoy considerarse verdaderamente ilustrado. Supongo que la combinación de principios ilustrados irónicamente pulidos por reservas románticas con las truculentas lecciones históricas de nuestro siglo ha producido eso que algunos llaman «o llamaron» posmodernidad y que Zygmunt Bauman ha definido como "la modernidad sin ilusiones".

Ahora bien, con las matizaciones y salvaguardias que resulten pertinentes, la idea ilustrada de humanidad como criterio universal que resalta a cada individuo humano no de su cultura, sino del reduccionismo que le identifica con las contricciones peculiares de ésta y que le caracteriza por una autonomía que inventa la libertad a partir de la memoria, pero a veces también contra ella..., esa noción ilustrada me parece la más digna de ser afirmada, confirmada y defendida. Y ello, como queda dicho, porque no es algo que aparezca insólitamente en el siglo XVIII en Europa -una raíz cultural más destinada pronto a pasar de moda, tras un breve paréntesis histórico-, sino que se trata de una ruptura mucho más antigua, el salto civilizatorio dado por los griegos a partir de su inscripción cultural particular y cuyos esbozos no faltan como promesa en la mayoría de las culturas que han alcanzado cierto desarrollo (la UNESCO publicó hace años un interesante libro recopilando testimonios universalizadores de las culturas más diversas). La revolución griega partió del diálogo, de la igualdad recíproca que propició el uso del lenguaje y de la exigencia de razonar las actitudes y propuestas de modo comprensible, públicamente aceptable. El inacabable afán discutidor ya fue utilizado como objeción antidemocrática por los simpatizantes helénicos de la ti-
p

A se sacude, como hace que el corazón

mientras. Ante el mar de los hastazos, la

coincidencia no es más que un mero

espacio de pausa, un instante de

calma entre oleadas de desesperación.

La vida es un viaje lleno de

contraste, y cada momento es un

punto de partida para el próximo.

No se puede evitar el dolor, pero

cuanta más sabiduría se adquiere,

menos impacto tendrá en el

corazón.

El pasado es un libro abierto,

sobre el que cada página cuenta una

historia diferente. Cada libro, una

etapa más en el viaje de la vida.

Es hora de escribir la próxima

página, dejando atrás lo que no

puede ser para avanzar en lo que

sí puede ser. 

La vida es un viaje sin

regreso, y cada paso es un

enfrentamiento con el

amor y la soledad.

El amor es la fuerza que nos

conecta, y la soledad es la

menor parte de nuestro

viaje. 

Es hora de seguir adelante,

con la esperanza de encontrar

un nuevo hogar en el

amor y la soledad.

La vida es un viaje de

enfrentamientos, en el que

cada paso es un

enfrentamiento con el

amor y la soledad.

Es hora de seguir adelante,

con la esperanza de encontrar

un nuevo hogar en el

amor y la soledad.

La vida es un viaje de

enfrentamientos, en el que

cada paso es un

enfrentamiento con el

amor y la soledad.

Es hora de seguir adelante,

con la esperanza de encontrar

un nuevo hogar en el

amor y la soledad.

La vida es un viaje de

enfrentamientos, en el que

cada paso es un

enfrentamiento con el

amor y la soledad.

Es hora de seguir adelante,

con la esperanza de encontrar

un nuevo hogar en el

amor y la soledad.

La vida es un viaje de

enfrentamientos, en el que

cada paso es un

enfrentamiento con el

amor y la soledad.

Es hora de seguir adelante,

con la esperanza de encontrar

un nuevo hogar en el

amor y la soledad.

La vida es un viaje de

enfrentamientos, en el que

cada paso es un

enfrentamiento con el

amor y la soledad.

Es hora de seguir adelante,

con la esperanza de encontrar

un nuevo hogar en el

amor y la soledad.

La vida es un viaje de

enfrentamientos, en el que

cada paso es un

enfrentamiento con el

amor y la soledad.

Es hora de seguir adelante,

con la esperanza de encontrar

un nuevo hogar en el

amor y la soledad.

La vida es un viaje de

enfrentamientos, en el que

cada paso es un

enfrentamiento con el

amor y la soledad.

Es hora de seguir adelante,

con la esperanza de encontrar

un nuevo hogar en el

amor y la soledad.

La vida es un viaje de

enfrentamientos, en el que

cada paso es un

enfrentamiento con el

amor y la soledad.

Es hora de seguir adelante,

con la esperanza de encontrar

un nuevo hogar en el

amor y la soledad.

La vida es un viaje de

enfrentamientos, en el que

cada paso es un

enfrentamiento con el

amor y la soledad.

Es hora de seguir adelante,

con la esperanza de encontrar

un nuevo hogar en el

amor y la soledad.

La vida es un viaje de

enfrentamientos, en el que

cada paso es un

enfrentamiento con el

amor y la soledad.

Es hora de seguir adelante,

con la esperanza de encontrar

un nuevo hogar en el

amor y la soledad.

La vida es un viaje de

enfrentamientos, en el que

cada paso es un

enfrentamiento con el

amor y la soledad.

Es hora de seguir adelante,

con la esperanza de encontrar

un nuevo hogar en el

amor y la soledad.

La vida es un viaje de

enfrentamientos, en el que

cada paso es un

enfrentamiento con el

amor y la soledad.

Es hora de seguir adelante,

con la esperanza de encontrar

un nuevo hogar en el

amor y la soledad.